CAPÍTULO X.

DIFICULTADES GENERALES.

NDICADAS las causas que tienden á destruir la harmonía entre la ciencia y la fe, el órden de las ideas que venimos exponiendo nos lleva á estudiar la influencia de estas causas en las dudas, dificultades y conflictos que de ellas resultan.

Es de todo punto imposible referir, y mucho ménos refutar, todas estas dificultades; porque como no hay error ni herejía, al decir del Cardenal Franzelin, autor gravísimo y uno de los teólogos más aventajados que hoy tiene la Iglesia, de que no pueda señalarse el orígen en el trastorno del órden que Dios, autor de la naturaleza y de la gracia, quiso establecer entre la ciencia ó revelacion natural y la sobrenatural, pasar revista á todas las objeciones que se han hecho contra este órden y harmonía, sería tanto como enumerar los desvaríos innumerables que el genio del error, espantosamente fecundo, ha engendrado en las inteligencias de todos los hombres. Así, mirando á la brevedad, sólo tomaremos en cuenta las que inmediata y derechamente se oponen á esta harmonía. Mas antes de venir á las objeciones particulares, queremos en este capítulo deshacer algunas dudas que surgen de la tésis general que venimos desenvolviendo, para que su aclaracion derrame sobre ella mayor claridad, y con el contraste de las objeciones se asiente y afirme más la union entre la ciencia y la fe que nos hemos propuesto demostrar.

Hemos dicho varias veces que en el conocimiento cien-

tífico la verdad se ofrece á la inteligencia por sí misma, mientras que en el conocimiento obtenido por la fe se nos presenta apoyada en el ajeno testimonio; con la ciencia descubrimos por nosotros mismos la verdad que conocemos; por la fe no la descubrimos de ninguna manera, sino que la recibimos de otro, fiados en su autoridad; en aquella la mente es vencida y subyugada por la realidad de los objetos; en esta es guiada y conducida por la autoridad ajena; en la una todo es espontaneidad y evidencia; en la otra todo autoridad y misterio. Ahora bien; entre estas dos maneras de conocimiento, ¿no hay por ventura repulsion y antagonismo invencible, de suerte que el progreso y desarrollo del uno embaracen el desenvolvimiento del otro, y la libertad de la fe mate y ahogue la necesaria libertad de la ciencia?

Para contestar á estas preguntas, hay que presuponer que la ley fundamental de nuestro espíritu, en su tendencia á la verdad, es que no dé su asenso á ninguna proposicion sin motivos justos, razonables y convenientes. «La Dialéctica, como de la Historia, dice el P. Juan de Mariana, procede por punto crudo, y no suele pasar partida sin que le muestren quitanza 1.» La duda ó suspension no desaparecen sino cuando ve el motivo, razon ó fundamento que, cierta é ineludiblemente, la convenzan de que su asentimiento es justo y razonable. Este motivo puede ser la evidencia con que la verdad aparece á nuestra mente, ó la legítima autoridad y testimonio que nos la asegura. En efecto, no todo lo podemos saber por ciencia propia: algo hay que conceder á la autoridad y ciencia ajena. Si no hubiésemos de admitir como legítimamente cierto sino lo que percibimos con intrínseca evidencia, habríamos de renunciar á conocer todos los hechos acaecidos en tiempos pasados, y casi todos los que suceden en el pre-

r En la carta á Bartolomé Leonardo de Argensola, que publicó Pellicer en la Bibioteca de Traductores.

sente, pues ni á los unos ni á los otros alcanza la experiencia de nuestras facultades. Ahora bien: si hay verdad práctica que se nos imponga, sin darnos lugar á la menor duda acerca de ella, esta es que si Dios nos habla y nos revela sus pensamientos, estamos obligados á rendirle el homenaje de nuestra fe, admitiendo su revelacion como enseñanza infalible. El hombre depende enteramente de Dios como Criador, Señor y fin último suyo; y la razon creada y finita debe absolutamente someterse á la razon increada, infinita y eternalmente soberana. «¿No es indigno, pregunta San Ambrosio, que creamos el testimonio de un hombre, y no creamos al testimonio y á los oráculos de Dios?» Así la razon misma, lejos de oponerse á la autoridad de la divina Revelacion, la persuade é impone; y dado, por una parte, el hecho á todas luces incontestable de esta Revelacion, y por otra el conocimiento de las verdades naturales, la ciencia y la fe tienen que juntarse y hermanarse en nuestra alma. La ciencia de Cristo, dice Santo Tomás, no destruye á la ciencia humana, sino que la ilumina. Ambas constituyen la plenitud de la sabiduría. Con ambas es nuestra mente enriquecida y alumbrada. La una no contradice ni absorbe á la otra, porque son dos radiaciones distintas, pero que vienen de un mismo foco de luz; dos fuentes que brotan de un solo manantial; dos esferas ó dominios de la verdad, que reflejan una sola enseñanza; dos ciencias que salen de los labios de un solo maestro.

Estas dos ciencias no solamente pueden existir, sino tambien crecer y desarrollarse, cada cual en su esfera, en nuestro entendimiento. El cristiano posee la norma ó guía de verdad en los principios eternos é inmutables que Dios se ha servido revelarle; estos principios le iluminan en las regiones del dogma y de la moral; por ellos se apoya en la firme roca de la verdad, para que no zozobre en las tempestades de la vida. Mas fuera de estos principios, extién-

dese ante sus ojos el vasto dominio del universo, entregado por Dios á la curiosidad, estudio y disputas de los hombres. En esta esfera inmensurable pueden espaciarse y encumbrar su vuelo los espíritus más vigorosos; podrá ser que les falten alas y energía para moverse, pero seguramente no les faltará espacio que recorrer, ni aire que respirar, ni tierras que descubrir.

Gritan muchos que el someter el entendimiento á la autoridad de la fe, es coartar la libertad de la ciencia, meterla en un estrecho sendero, ó más bien en un molde apretado y premioso donde no pueda moverse; echar pigüelas al ingenio para que no levante su generoso vuelo por las regiones más elevadas del saber, sino que se ande rastreando tierra á tierra ocupado en cosas de poco fuste y baladíes. Estas palabras y este clamoreo es necio é insensato.

En primer lugar, al someter el hombre su entendimiento á las verdades de la fe, no se priva de ninguna de sus facultades, ni renuncia á ninguno de sus derechos, antes gana un guía y apoyo, una luz venida del cielo, que dirige sus pasos y los ilumina y endereza en las sendas difíciles de la ciencia. Así como el sol cuando aparece en el horizonte no altera la naturaleza de las cosas que ilumina, antes las realza y les da nuevo lustre y esplendor, haciéndolas aparecer á nuestros ojos más perfectas y hermosas, así la luz de la fe, al entrar en el alma, no entorpece ó embota ninguna de sus facultades, como tampoco oculta ninguna de las perfecciones que relucen en las criaturas, antes derrama sobre ellas los resplandores de su divina iluminacion, mostrándonoslos infinitamente más hermosos y dignos de nuestra contemplacion y curiosidad. En el estudio de la naturaleza, el cristiano goza de completa libertad é independencia, tan completa como pueda gozarla el que ignora la Revelacion, ó la desoye y desconoce, teniendo ademas una prenda y garantía de acierto que no posee quien no acata la Revelacion divina. Ambos estudian los séres sometidos á la experiencia de sus facultades, investigan sus fenómenos, sus leyes y diferencias. Uno y otro pueden descubrir estas leves y establecer sus fórmulas y relaciones; uno y otro pueden acertar y tambien equivocarse; pues ni la fe quita la imperfeccion esencial del espíritu humano, ni la altiva independencia de la autoridad disminuye en un átomo su falibilidad natural. Mas en aquellas partes difíciles y tenebrosas donde la razon se anubla, y tomada de una especie de vértigo vaga á tientas sin saber á dónde dirigir sus pasos, el creyente no está sólo con el criterio defectible de su entendimiento, sino que oye siempre una voz que le guía y exclarece, y aunque no le deja ver intuitivamente la verdad, á lo ménos le da confianza de que por la senda que sigue no puede equivocarse. Atento á esta voz, solamente le falta una libertad, la triste libertad del error. En cambio, aquel que ha cerrado sus oidos á los acentos divinos, corre á la ventura, sin más guía que el devaneo de su imaginacion, las inspiraciones del capricho y la sofistería de sus pasiones, casi seguro de extraviarse y perderse.

En segundo lugar, la fe no se impone, sino que se acepta libre y racionalmente. La Iglesia habla á sus hijos, hijos dóciles, obedientes y sumisos, sin forzar sus entendimientos ni atar sus voluntades, si no es con el lazo suavísimo del amor. Quien reconoce á la Iglesia por madre, quien se honra en obedecerla, quien cree en su infalibilidad divina, ¿es posible que se juzgue privado de su libertad cuando racionalmente somete el entendimiento á sus decisiones inapelables? Cabalmente la palabra libertad, la más hermosa despues de la palabra caridad que ha resonado en la tierra, tiene su orígen de liber, esto es, hijo. La libertad no es la independencia y la anarquía, no es salirse del rango de los esclavos para pasar al campo de los rebeldes, sino salir del yugo insoportable de un tirano

para entrar en el dominio de la autoridad paternal, salir del estado de las cosas para entrar en el señorío de las personas, dejar la esclavitud de los siervos para ser agregado al honroso dominio de la familia; y la condicion del hijo es esencialmente de subordinación y obediencia, aunque libre, suave y amorosa. Tal es ni más ni ménos la sumision y servidumbre que la Iglesia exige de sus hijos. En cuanto á los que no la reconocen por madre y maestra infalible enviada al mundo para su enseñanza, esta santa Iglesia no les exige su obediencia sino cuando despues de haberles presentado sus credenciales, admiten su validez, su autenticidad y la verdad de la doctrina que acreditan juzgando á esta doctrina no sólo como eminentemente creible, sino como más creible que cualquier otra contraria, y en cuanto rendidos á la fuerza de los argumentos que la atestiguan, se sometan libre y amorosamente á la autoridad de su enseñanza. Esta es la obediencia y acatamiento que les pide la Iglesia. Si esto es servidumbre y tiranía intolerable, ¡pluguiese á Dios que no se usasen en el mundo otra clase de tiranías!

Finalmente, es desatino hablar de la libertad absoluta del pensamiento. La razon humana, emancipada ó no, tiene sus límites que no puede impunemente traspasar. Su libertad está sujeta á ciertas condiciones, así intrínsecas como extrínsecas, que la fijan, circunscriben y determinan. La razon no se impone á sí misma estas condiciones, sino que nace sujeta á ellas, y crece y se desarrolla sin que pueda sustraerse á su influencia. Es cierto que el pensar ó no pensar está en la facultad del libre albedrío; es cierto que no existe fuerza alguna en el mundo que nos obligue á aplicar nuestra actividad á este ó á aquel objeto; pero, una vez que ejercitamos esta actividad acerca de cualquier punto ú objeto, no somos dueños de pensar sobre él lo que nos plazca. El pensamiento tiene sus reglas y principios á los cuales debe obedecer, so pena de extin-

guirse y suicidarse; y así como para las facultades sensitivas, la vista, por ejemplo, hay leyes que explica la fisiología y á las cuales debe ajustarse en el ejercicio de su actividad, así el entendimiento tiene las suyas, que reconoce implicitamente siempre que ejercita su accion. Estas leves que señala, desenvuelve y demuestra científicamente la lógica ó dialéctica, se reducen á la evidencia y á la autoridad. Porque así como la realidad de las cosas, iluminando el entendimiento con los fulgores de su luz, determina el pensamiento y es la norma y regla de nuestros juicios, de igual manera la voz de la autoridad ilustra nuestro entendimiento y mantiene en la senda de la verdad. Con respecto á Dios, estas dos leyes no son más que una; es á saber, la razon iluminada por la palabra que sale directamente de los labios divinos y por la que se refleja en el espectáculo de la creacion. A ellas debe sujetarse el entendimiento si quiere alcanzar la verdad. Su legítima grandeza consiste en admitirlas, y someterse á ellas, no en rechazarlas ó despreciarlas. Porque la libertad humana no es un derecho, sino una facultad: la facultad de elegir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la verdad y el error; de ella puede usar el hombre recta y ordenadamente, y mal y desordenadamente, conforme siga ó no las leyes, así físicas como morales, á que está sujeta. No se humilla ni abate el hombre cuando, siguiendo estas leves, viene en posesion del bien, de la justicia y de la verdad, sino cuando por haberlas violado se despeña en el error, en el mal y en la injusticia; y así como da muestras de espíritu estrecho, desatalentado y esclavo de miserables pasiones, quien desoye la voz de su razon cuando le habla clara y evidentemente, de igual manera hácese reo y culpable ante los ojos de su misma razon quien, despreciando la voz de la autoridad, sea humana, sea divina, vuelve las espaldas á la luz, cuyos hermosos fulgores guian y esclarecen su conciencia.

Dificultades generales

«Por haber despreciado esta norma y regla de su entendimiento, dice acertadamente el ilustre matemático Agustin Cauchy 1, no pocos sabios han tenido la desgracia de gastar en vanos esfuerzos un tiempo precioso que pudieran haber empleado en útiles descubrimientos. Cuántos y cuán notables trabajos podriamos admirar en nuestras colecciones de obras científicas, si la Religion hubiese guiado siempre la pluma de aquellos autores que se empeñaron en demostrar que los zodiacos de Denderah y de Esneh tenian doce mil años de fecha, que el hombre descendia del pólipo, que habia existido en la tierra desde la eternidad, que el diluvio era una fábula, que la creacion del hombre y de los animales era efecto del acaso, que áun en nuestros dias se veian surgir de las islas del Océano hombres embrionarios y otros desatinos por el estilo.» «Es necesario reconocer, añade, que así como la Religion, regulando y moderando el corazon del hombre, y vedándole falsos y engañosos placeres, no hace sino abrirle una fuente de nuevos y verdaderos é inefables deleites, que forman y preparan su felicidad, de la misma manera imponiendo á su espíritu reglas determinadas y necesarias, contiene su imaginacion en los debidos linderos, y le evita el riesgo y áun la seguridad de dar al través en el escollo de falsos sistemas y de funestas ilusiones.»

No ha faltado quien dijese que al proponer la Iglesia á la creencia de los cristianos los dogmas de la Revelacion, sin permitirles dudar de ellos, ó ponerlos en tela de juicio, lo hacia por miedo á la verdad y á la ciencia. Esta acusacion es tan absurda que raya en la ridiculez. Toda la historia de la Iglesia protesta contra ella. Ya en el siglo segundo decia Tertuliano que nada temia tanto la fe cristiana, como el no ser conocida. La Iglesia nada tiene que temer de la ciencia, como nada tiene que temer del exámen de

I Sept lecons de physique générale, par Augustin Carchy, p. 16.

sus dogmas; el cual exámen, no solamente no lo prohibe, sino antes bien lo provoca, siendo su mayor deseo que cada cristiano llene el precepto que desde los primeros tiempos del cristianismo imponia San Pedro á los fieles, es á saber: que estuviesen todos (no sólo los teólogos de profesion, sino todos los cristianos) dispuestos á darse á sí mismos y á los demas, y delante de cualquier tribunal por severo que fuese, razon de la fe y de las esperanzas que los sostienen 1, convenciendo por buenas razones, como dice San Pablo 2, á los que presumieran contradecirlas. Si la Iglesia temiera que el exámen de sus doctrinas y el estudio de las ciencias, pudiese amenguar ó deshacer la fe de los fieles, esto sería desconfiar de la verdad y del mismo Dios, fuente y orígen de la verdad, Señor y Maestro de las ciencias y de las artes, de quien todas proceden, y á quien mediante su gracia deben conducir, si son tratadas cual conviene.

La duda, dice San Agustin, no habita la ciudad de Dios. El cristiano, añade De Maistre, puede tener el remordimiento del crímen; pero no el remordimiento del error, como llama á la duda este escritor ilustre. Para él la conciliacion y harmonía entre la ciencia y la fe son como el sol, que basta abrir los ojos para verlo y asegurarnos de su existencia. Lo difícil no es creer, sino dejar de creer. Seguro de su fe, y de la verdad, autenticidad y divino orígen de la Revelacion, no abriga el menor recelo de que estas verdades puedan ser desmentidas jamas por ningun descubrimiento en el vasto campo de las ciencias. Tampoco teme ó entra en sospechas de que la investigacion de las ciencias le lleve al descubrimiento de nuevas obligaciones morales, más austeras y exigentes que las que la fe le impone, entablándose así lucha pertinaz en su corazon entre las costumbres cristianas y la ley racional. Quédese esto para los que han fundado el edificio moral en la base instable y movediza de su propia razon, hechos juguete al torbellino de sus pasiones, desgarrados contínuamente por las dudas, por los tormentos y agonías inenarrables del espíritu,

> le genti dolorose ch' hanno perduto il ben dell' intelletto .

«Sin duda en el órden natural, dice elocuentemente el Dr. Lefebvre², tenemos los cristianos nuestras dudas é incertidumbres; mas estas no pueden hallar eco y resonancia profunda en el alma, porque no tocan á sus destinos inmortales; ningun descubrimiento puede turbar en nosotros la pacífica posesion de la verdad revelada; lejos de esto, cada dia de trabajo lleva su partecita al tesoro de nuestras certezas: avanzando en la carrera terrestre, avanzamos tambien en la verdad. Y al llegar á la segunda pendiente de nuestra vida, á aquella pendiente que se inclina hácia el sepulcro y hácia la eternidad, nuestra vista ve más y se extiende más y más lejos; y cuando alborea el dia solemne, que no tendrá mañana, parece que más allá de los horizontes de este mundo visible, detras de aquel sol que va á ocultarse por última vez para nosotros, aparece un nuevo sol que deja caer de antemano sus misteriosas claridades sobre nuestras frentes, y derrama en nuestras almas una luz desconocida y de una suavidad y dulzura inefables.»

Otra acusacion suele hacerse á la Iglesia no ménos vana que la que acabamos de deshacer. Segun las doctrinas de la fe, dicen algunos, Dios no sólo nos ha suministrado en la Revelacion escrita la norma de la verdad, sino

I I. Petr. 3-15.

^{2 2.}ª ad Tit.

I Dante, Infierno, canto 3.º

² En el discurso pronunciado como Presidente de la Asociacion científica de Bruselas, el 18 de Noviembre de 1875.

tambien nos ha enseñado todo lo que su voluntad quiere que sepamos; de suerte, que las Escrituras contienen la suma y señalan el límite de todos los conocimientos del hombre. Segun esto, la Iglesia no sólo desaprueba todo descubrimiento de la razon como vano ó presuntuoso, sino que se opone necesariamente á toda investigacion de la verdad como atentatoria á la completa sumision que debe á la divina autoridad de la Iglesia. Salta á la vista lo desatinado de tal acusacion. A ser verdad lo que en ella se indica, ¿cómo permitiria la Iglesia la enseñanza de las ciencias, de la física, de la astronomía, de las matemáticas y otras que están fuera de la enseñanza de la divina revelacion, y cuyo estudio exige métodos contrarios á los que usa el estudio de la fe? ¿Cómo es que los Santos Padres y millares de escritores católicos se han ocupado con tanto ardor en las ciencias puramente racionales, dejando escritos acerca de ellas tantos libros que si se quitasen de los estantes de las librerías, estas quedarian casi vacias? ¿Cómo es que los Sumos Pontífices han fomentado las ciencias y las artes, protegiendo á los sabios y á los artistas, fundando universidades y llenando el mundo de monumentos de sabiduría, de ciencia y de todo humano progreso? La santa rusticidad, aunque buena para el mérito de la vida, no lo es en general para cumplir los altos fines que promueve y debe promover la Iglesia en el mundo. La antorcha de las ciencias en ningunas manos está mejor que en las de aquella augustísima Institucion que las ha enseñado y propagado por todo el mundo iluminando el ámbito de la tierra con sus clarísimos resplandores.

Una cosa es que la divina Revelacion no contenga error alguno, y otra que sea fuente y orígen de todo conocimiento. La Iglesia católica, dice el Concilio Vaticano, ha siempre sostenido y sostiene unánimemente que hay dos órdenes de conocimientos, distintos no sólo por razon del principio de donde provienen, sino tambien por su

objeto; son distintos en virtud del principio, porque en uno de estos órdenes el conocimiento se alcanza con la fuerza natural de la razon, mientras que en el otro se logra por la fe; son distintos en virtud del objeto, porque fuera de los conocimientos á que puede extenderse la razon natural, la fe propone á nuestra creencia misterios escondidos en Dios, y de los cuales no podemos tener noticia sino es por la Revelacion Divina.»

Así, pues, lo único que la Iglesia exige, como debe exigirlo todo el que se quiere formar ideas claras de las cosas, es que se distingan bien los órdenes en que se dividen los conocimientos á que puede llegar la humana inteligencia, y que cada cual de estos órdenes sea tratado por el método y por el género de pruebas que le es propio; los que son del dominio de la razon por los argumentos racionales, y los que entran en el señorío de la verdad revelada, por las pruebas que sumistra la fe y la Iglesia, maestra y depositaria de esta verdad. Porque así como sería ridículo combatir los hechos históricos con cálculos matemáticos y fundar la sancion de las leyes morales en teoremas de álgebra ó del cálculo diferencial, así no es ménos ridículo y absurdo querer sujetar las cosas de la fe al criterio de la razon y evidencia inmediata é individual. Y siguiendo la comparacion podemos añadir que á la manera que un matemático arguiría de fatuidad al que se burlase de sus fórmulas, atiborradas de raices, exponentes é integrales, teniéndolas por cosa de brujería y nigromancia, un filósofo ó teólogo pueden calificar con igual razon de pedante insoportable al matemático ó naturalista que se empeñe en demostrar por sus métodos las cosas ó verdades que no caen bajo el dominio de su ciencia especial, sino que pertenecen al órden sobrenatural de la Revelacion. La razon y la autoridad son los dos caminos que tiene el hombre para llegar á la verdadera sabiduría. En dar á cada cual de ellas su valor, no despreciando á ninguna,

194

ni exagerando sus méritos respectivos, antes ayudándose de los auxilios que una y otra le prestan, consiste el método seguro, sincero y legítimo para la consecucion de la verdad. A la ciencia y á la razon dense las cosas del órden natural, á la fe y á la divina autoridad las del sobrenatural; esta es la regla para la higiene de nuestro espíritu, regla suprema que es imposible traspasar sin exponerse á gravisímas consecuencias; porque no se violan impunemente las leves de la naturaleza, ni se trastorna sin peligro la subordinacion de los métodos de la inteligencia hu-

Con esto no queremos decir, sin embargo, que en las Sagradas Escrituras no haya tambien gran copia de verdades, hechos y consideraciones científicas, que estudiadas convenientemente puedan contribuir al adelanto del saber humano. Porque áun prescindiendo de la parte dogmática, la Biblia es un monumento de sabiduría que nunca será bastantemente conocido y admirado. De sus páginas, cuando ménos se piensa, saltan ideas luminosísimas que esclarecen la ciencia en sus esferas más elevadas. Y así como lo que enseña sobre el dogma y la moral, cuanto más se estudia, tanto aparece más sublime y divino, así lo que dice acerca del estudio de la naturaleza, aparece más exacto y grandioso, cuanto es más estudiado v profundizado.

Por lo demas, todas estas querellas que suenan contínuamente en nuestros oidos sobre que la fe ata los entendimientos y los abate y corta el vuelo para que no se encumbren por los espacios luminosos de la verdad, tienen una contestacion sencillísima é inapelable en las enseñanzas de la historia. Porque aunque la fe sea divina independientemente de ser aceptada por el hombre, y aunque sea por otra parte gracia de aquella Providencia adorable que se complace en concederla á los humildes y pequeños, antes que á los sabios, prudentes y grandes del siglo, no es

menos cierto, como indicamos en el capítulo segundo de este ensayo, que desde el establecimiento del cristianismo la ciencia y la Religion, á pesar de los esfuerzos que ha hecho la soberbia para separarlas y enemistarlas, han vivido siempre unidas en el comun de los hombres, alumbrando con sus hermosos aunados rayos á la humanidad, y atrayendo hácia sí á las inteligencias más vastas, más grandiosas y sublimes que han honrado á nuestro linage. Así, áun prescindiendo de los Padres y escritores de los primeros siglos del cristianismo en quienes se juntaba una fe admirable con una ciencia prodigiosa; «¿por ventura, dice el ya citado Doctor Lefebvre I el Franciscano Rogerio Bacon no recorrió todo el círculo de las ciencias físicas, iluminándolas con los resplandores de su genio poderoso? ¿Por ventura los padres de la astronomía moderna Copérnico, Keppler y Newton, no eran sinceros creyentes y cristianos de piedad ejemplar? Y el respeto profundo que tenia Euler á las Sagradas Escrituras ¿le impidió acaso perfeccionar el cálculo integral y penetrar más lejos que nadie antes que él en las oscuridades del análisis? ¿Y Vesale y Morgagni se detuvieron jamas en sus investigaciones sobre la estructura y funciones del organismo humano, por el temor pueril de chocar en sus descubrimientos con alguna verdad revelada? ¿Y el abate Spallanzani, verdadero precursor de los fisiologistas modernos, fué alguna vez contenido por sus creencias cristianas en sus magníficos descubrimientos acerca de la digestion, respiracion, circulacion y reproduccion de los animales, acerca de los fenómenos de la vegetacion, naturaleza y constitucion de los infusorios y otros análogos? ¿No fué por ventura el canónigo Haüy, de piadosa memoria, quien descubrió las leyes de la cristalizacion de los minerales? ;Y en la pléyada de los sabios modernos, no se cuentan acaso

I En el Discurso ya citado.

196

una muchedumbre entre los más ilustres que atestiguan por sus trabajos que las más levantadas especulaciones. de ciencia, pueden muy bien marchar á la par con el respeto debido á la fe? En Francia Cuvier, Alejandro Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampère, Agustin Cauchy, Quatrefages, Marcel de Serres, Blainville, Elias de Beaumont, Dumas, Cárlos Dupin, Coriolis, Tulasne, Hermite, Barrande; en Alemania, Enrique Steffens, H. V. Schubert, Cárlos Raumer, Fuchs, Andrés y Rodolfo-Wagner, Federico Pfaff, Müller, Hyrtl, Gustavo Bisschof, Herman Meyer, Cárlos Leonhard, Federico Augusto Quenstedt, Baer; en Inglaterra y en América, Tomás. Chalmers, Faraday, Buckland, Whewell, Sedgwick, Fleming, Hugo Miller, Davy, Juan Macculloch, sir David Brewster, Owen, Dana; y en Bélgica, Andrés Dumont y d'Omalius d'Halloy 1; estos nombres citados por Lefeb-

I Ya que vemos omitido en esta lista el nombre de Leverrier, se nos permitirá que digamos breves palabras acerca de este sábio ilustre que hace pocos meses ha bajado al sepulcro, y cuya vida y muerte cristianas demuestran cuán estrechamente pueden enlazarse una ciencia altísima con una fe no ménos viva y eficaz. Era Leverrier uno de los genios más grandes que han cultivado las ciencias matemáticas y astronómicas. Los que cuenten alguna edad recordarán el asombro que causó en toda Europa el descubrimiento del planeta Neptuno, invisible á la simple vista y áun al alcance de poderosos telescopios. Estudiando Leverrier la órbita de Urano, dedujo que sus irregulares perturbaciones no podian ser causadas sino por otro planeta exterior; calculó su masa, su distancia, y aun indicó el punto del cielo donde habia de buscarle; con ayuda de poderoso telescopio apareció efectivamente donde habia indicado el sábio astrónomo. Este descubrimiento era el triunfo más grande alcanzado jamas por el análisis matemático. La gloria de Leverrier llegó á su colmo, y ante el esfuerzo maravilloso del genio que, leyendoen el espacio infinito, habia descubierto la nota que parecia faltar á la harmonía del universo, no hubo quien no se llenase de admiracion y bendijese la mano de Dios, que quiso estampar en él una huella más profunda y marcada de su espíritu soberano. Cualquier cabeza vulgar se hubiera desvanecido con el humo de tanta gloria; mas la cabeza de Leverrier, cargada de ciencia, se inclinaba ante la Majestad de Dios, cuya gloria veia centellear en las profundidades de los cielos. Adversario decidido de la escuela anticristiana, ligera y materialista, no perdia ocasion de protestar con la autoridad de su genio contra sus delirios y blasfemias. Lejos de ocultarse, hacía gala de confesar públicamente sus creencias católicas, cuya magnifica demostracion y confirmacion veia milagrosamente confirmada en la ciencia sublime que tanto habia cultivado y hecho progresar. Cuando en las altas horas de la noche dirigia su telescopio hácia las profundidades de los. cielos, veia á Dios muy de cerca para negarle; y cuando sus cálculos admirables le revelaban algun astro desconocido, solia recordar la palabra de la divina Escritura: Dios lo hizo todo en número, peso y medida. En él la ciencia y la fe se iluminaban recíprocamenvre, demuestran hasta la evidencia que la ciencia y la fe no andan reñidas; que el respeto á la verdad revelada no estorba en lo más mínimo las más sublimes y profundas especulaciones científicas, y que la harmonía entre la razon y la revelacion, la cual, sellada y consagrada en el altar de la cruz, atravesó los siglos, honrando y enalteciendo á la humanidad, despues del ligero quebranto sufrido en el siglo pasado, vuelve á aparecer de nuevo en la porcion más granada de los sábios de Europa.

Esta harmoniosa unidad es cierto que no se realiza sino difícil y trabajosamente. De vez en cuando, en el cielo sereno de la ciencia surgen trastornos y borrascas, que semejantes á los ciclones de los trópicos, amenazan sumir el mundo intelectual en un caos espantoso. Estos conflictos no son promovidos generalmente por los cultivadores más ilustres de la ciencia, que guian y capitanean su movimiento; nacen por lo regular en las segundas ó terceras filas, y entre los soldados de ménos méritos y valía; escritores superficiales, y catariberas de las ciencias, como dirian antiguamente en Castilla. Mas al fin, como son los que más gritan, hablan y escriben, y su incesante clamoreo encuentra eco en auxiliares de fuera, logran persuadir á muchos de que todo el ejército científico está insurreccionado contra la fe, y de que la causa de esta es de todo punto desesperada. Ademas, por efecto de uno de los fenómenos más curiosos que se observan en la vida é historia de la humanidad, como hay períodos en que ciertas pasiones llegan á un grado de exacerbacion y universalidad verdaderamente aterrador, para volver despues á su calma y tranquilidad ordinaria, así hay épocas en que se extiende y cunde por el mundo una como epidemia de in-

te, y próximo á fallecer, pidió él mismo los auxilios supremos de la Religion, muriendo como cristiano, segun habia vivido. Así puede repetirse una vez más aquella conocida expresion: "¡Oh Santa Iglesia de Jesucristo! los grandes hombres te pertenecen." (Escribíase esta nota á principios del año 1878.)

credulidad, capaz de atacar á los de fe más robusta, si el ánimo no está convenientemente preparado para recibirla ¹. De aquí esos ponderados conflictos entre la ciencia y religion, y las vanas muestras del triunfo en los unos, y el abatimiento, el temor y la desconfianza en los otros. Mas á la tempestad sucede la calma, á la enfermedad la salud, y apagada la gritería del enemigo, vuelve á renacer la tranquilidad en los espíritus, el cielo recobra su serena claridad, y la hermosa union entre la ciencia y la verdad revelada, torna á brillar esplendorosa y triunfante.

r Acerca del carácter de estas pasiones, que pudieran llamarse universales, merececonsultarse lo que dice E. Maillet en su hermoso libro L'Essence des passions.

CAPITULO XI.

OBJECIONES FILOSÓFICAS. -- LA NATURALEZA DIVINA.

ESUELTAS las dudas generales que pueden hacerse contra la tésis que nos propusimos demostrar en este ensayo, ya es tiempo de ir indicando uno por uno los conflictos ó dificultades especiales que contra la misma tésis se han hecho, para ver cómo no teniendo base ó fundamento sólido en la realidad, se desvanecen á la simple luz de la discusion.

Hemos dicho en otra parte, que los tales conflictos ó dificultades fueron reunidos en un libro publicado años atras en América y que ha logrado en Europa bastante boga y difusion, debidas principalmente á la avilantez de su lenguaje, al éxito infausto que siquiera por breve tiempo logra siempre el escándalo, y sobre todo, á los esfuerzos de la Revolucion, que atenta á utilizar toda arma que pueda servirle para minar los fundamentos del órden social, ha divulgado extraordinariamente este libro como medio muy á propósito para conseguir sus depravados intentos. Traducido á varias lenguas, recomendado eficazmente por los papeles periódicos del partido, y presentado como la última palabra de la ciencia y el golpe decisivo contra las creencias cristianas, despues de peregrinar por extranjeras naciones, entró finalmente en la nuestra, apadrinado por un escritor á quien sus amigos no temen dar el calificativo de filósofo, antiguo Catedrático de la Universidad Central, Diputado, Ministro, y en tiempos republicanos más que Rey de España. El cual tomó tan